

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

El teatro representa la gran plaza de una magnífica ciudad oriental, ocupada como los balcones y azoteas por un pueblo inmenso, en que se vean distintas clases, edades y sexos. Tremolarán banderas de colores en las torres y obeliscos. Se oirán bandas de músicas militares. Sale una tropa de guerreros: detrás de ellos trofeos de pendones y armas vencidas, y luego ARBOLÁN con los mismos seis caballeros que le acompañaban en la última escena del acto anterior. Después un magnífico carro triunfal, tirado por cuatro reyes bárbaros encadenados y rodeado de un coro de doncellas, vestidas de blanco, con guirnaldas y pebeteros que echan humo. En el carro sale sentado LISARDO con un rico y brillante capote, coronado de vistosas plumas y vestido de armas resplandecientes, y encima un manto de púrpura. Detrás del carro saldrán guerreros cautivos. La escena estará alumbrada con llama de Bengala. El carro se parará en medio de ella y en su rededor bailarán las doncellas. El pueblo se prosterna ante él. La gruta de Marcolán estará siempre inmutable.

UN GUER. ¡Viva nuestro general,
el valeroso Lisardo!

UNO del PUE. Defendiéndonos gallardo
adquirió nombre inmortal.

TODOS. ¡Viva nuestro general!

UNA VOZ. *(Cantando acompañada por la orquesta)*
Un rayo es su espada
que al bárbaro aterra,
y al dios de la guerra
causara pavor.

CORO. *(Cantando acompañado por las bandas
militares.)*
¡Viva el vencedor!

VOZ. La patria salvada
por su esfuerzo vemos;
ufanos cantemos
su heróico valor.

CORO. ¡Viva el vencedor!

VOZ. Glorioso su nombre,
que el orbe proclama,
alcance en la fama
eterno loor.

CORO. ¡Viva el vencedor!

VOZ. Y aterre, y asombre,
deshaga y confunda,
la saña iracunda
de todo invasor.

CORO. ¡Viva el vencedor!

*(Vuelven á bailar las doncellas un mo-
mento y se pone en movimiento len-
tamente el carro.)*

UN GUER. ¡Viva nuestro general,

el valeroso Lisardo!

UNO del PUE. Defendiéndonos gallardo
adquirió nombre inmortal.

TODOS. ¡Viva nuestro general!

*(Sale el carro de la escena y vánse por
un lado y otro, y con la rapidez po-
sible, el pueblo y los coros.)*

ESCENA II

*Se alza por escotillon un magnífico trono, y en él sentados EL REY y
LA REINA con manto real y corona. Rápidamente se cambia la escena
al mismo tiempo en un salon fantástico y magnífico. Salen por un
lado y otro guardias, damas, pajes y cortesanos, todos vestidos de gala,
y LISARDO con la cabeza descubierta, seguido de ARBOLÁN y de sus
seis caballeros.*

REY. Valeroso Lisardo, en quien el mundo
ve arder un sol de gloria sempiterna,
defensor de mi reino y de mi trono,
ven, y á mis brazos, cual mereces, llega.
Ven á que ciñan tus gloriosas sienes
de laurel eternal mi mano régia;
ven á ser el segundo de mi imperio;
y la joya mayor de mi diadema.

LISARD. Monarca generoso, cuyo nombre,
postrado, el mundo atónito respeta,
y á quien espero que mi fuerte lanza
haga dominador de la ancha tierra:
esas palabras que os dignais hablarme
son premio suficiente y recompensa
de mis fatigas todas, y me ensalzan
de la inmortalidad á la alta esfera.
Logre la dicha, sí, de que mi frente
vuestra mano real hoy engrandezca
con el verde laurel; mas permitidme
que ántes que goce las mercedes vuestras,
las reclame en favor de los valientes
que con esfuerzo heróico y fortaleza
á lograr la victoria me ayudaron,
y á dar cima feliz á mis empresas.
El valiente Arbolán, y estos valientes,
que hoy ante vuestro solio se presentan,
á mi lado gloriosos combatieron,
arrollando las bárbaras enseñas
y sembrando el asombro y exterminio,
de la patria y de vos en la defensa.
Antes que á mí premiadlos, yo os lo ruego,

dadles el galardón de sus proezas,
pues sin su esfuerzo y lanzas invencibles,
el término felice de la guerra
no hubiera, no, tan pronto coronado
nuestro noble valor con gloria eterna.

REY. Con tu esfuerzo, Lisardo generoso,
que compita pretendes tu nobleza.
Ven, y el laurel recibe de mi mano,
y á tu gusto despues corona y premia,
como dispensador de mis mercedes,
á los que han militado en tus banderas.
Tú, testigo ocular de sus hazañas,
tú, ejemplo de su arrojo y fortaleza;
tú, el segundo en mi imperio, eres el solo
que en mi nombre ha de darles recom-
pensa.

LISARD. *(Aparte.)*
¡Oh inefable placer!... Es imposible
que alcance un hombre superior esfera.
¡Ah! ¡Todos mis afanes se han cumplido,
no hay mortal más feliz que yo en la tierra!
*(Al acercarse al trono clava los ojos en la
reina y se turba.)*
(Aparte.)
¡Cielos!... ¡Qué sol radiante de hermosura!
Merece ser del universo reina.

*Llega al trono, hinca las rodillas delante
del rey, éste toma un laurel que le presen-
ta un paje en una batea y corona á Lisar-
do. Entre tanto suena bajo el tablado la*

VOZ DEL GENIO DEL MAL.

Lisardo, en el mundo hay más.
Tú de rodillas estás
delante de este dosel,
y un hombre sentado en él,
que no es cual tú vencedor.
¿Lo sufrirá tu valor?

*(Acaba el rey de coronar á Lisardo, y éste
se levanta agitado y pensativo.)*

REY. La rodilla doblad también, Lisardo,
ante las plantas de mi esposa excelsa,
para que por su mano galardone
el insigne valor que en vos alienta.

LISARD. *(Aparte, acercándose turbado.)*
¡Oh qué prodigio de beldad!... Mi pecho
al ir á contemplarlo tan de cerca
arde y se abrasa. ¡Oh, cuánto venturoso
será el mortal que su atención merezca!

*Se hinca de rodillas delante de la reina,
y ésta se quita una rica banda bordada
de oro, y la echa al cuello de Lisardo.
Entre tanto suena bajo el tablado la*

VOZ DEL GENIO DEL MAL.

¿Esa divina mujer
por qué tuya no ha de ser?...

Piensa el camino en que estás.
Lisardo, en el mundo hay más.

*(Se levanta Lisardo muy agitado y dice
aparte.)*

LISARD. ¡Yo de rodillas, yo, y otro hombre en tanto
sentado en un dosel!... ¡Y una hermosura,
una celeste, angélica criatura,
siendo á mis ojos su amoroso encanto!
No sé qué pasa en mi abismado pecho.
Ni la gloria, ni el eco resonante
del popular aplauso, ni el triunfante
laurel, me lo han dejado satisfecho.

REY. *(Levantándose de su asiento.)*
¿Quéos suspende, Lisardo? Ansioso espero
que premieis en mi nombre los afanes
de esos esclarecidos capitanes,
y en mayor libertad dejaros quiero.

(Baja del trono.)

REINA. *(Con vehemencia, bajando del trono y acer-
cándose á Lisardo.)*

Modelo de valor y gallardía,
eterna, cual será vuestra alta gloria,
en vuestro pecho reine la memoria
de que esa banda que os ceñís fué mia.
*(Vánse el rey y la reina y todo el acom-
pañamiento, quedando sólo Lisardo,
Arbolán y los seis caballeros.)*

LISARD. *(Aparte.)*

El todo su poder así me deja,
pero no me ha sentado, no, en su trono.
Y de ella, ¡cielos!... el semblante, el tono...
No sé qué afan el corazón me aqueja.
Aun hay más, y ese más ha de ser mio.
¿Por qué me he de parar en la carrera
que ofrece la fortuna placentera
al raudo curso de mi ardiente brio?

ARBOL. *(Hincando una rodilla, y lo mismo hacen
los seis caballeros.)*

Valeroso general,
permítenos que postrados,
tus favores señalados...

LISARD. *(Aparte, mirándolos con complacencia)*
Puestos así no están mal.

ARBOL. Te paguemos...

LISARD. *(Levantándolos con afectada solicitud.)*
¡Qué locura!

Alzad, amigos leales,
pues somos todos iguales
en la gloria y la ventura.

ARBOL. No hay ninguno igual á tí.

LISARD. *(Aparte.)*

¡Ojalá! *(Alto.)* Todos lo fuimos
cuando en el campo vencimos,
y debemos serlo aquí.

ARBOL. Nos honras, que fué tu espada
la sola que consiguió

el mayor triunfo que vió
la tierra. Y es extremada
la bondad con que ante el rey,
de elogios hoy nos colmaste
y premios solicitaste...

LISARD. Muy justos á toda ley.
Y pues que en mi mano está
el repartirlos, pedid,
que vuestro esfuerzo en la lid
galardonado será.

ARBOL. Eres generoso y justo;
á tu voluntad dejamos
el premio, y nos sujetamos
á lo que fuere tu gusto.

LISARD. (*A Arbolán.*)
Tú, senescal has de ser
del imperio, y del tesoro
quinientos marcos de oro
puedes ir á recoger.

(*A los caballeros.*)

A aquestos seis caballeros,
generales de frontera
los nombro, y tras su bandera
verán doce mil guerreros.
Y dos mil marcos de plata
cada cual ha de tomar.

ARBOL. (*Arrojándose con los seis caballeros á los
piés de Lisardo.*)

Déjanos tus piés besar.
Tuvieramos alma ingrata
á no demostrar así
que esclavos tuyos nos haces;
y hasta de morir capaces
somos, Lisardo, por tí.

LISARD. Alzad, amigos, alzad.

ARBOL. (*Levantándose.*)
¡Oh qué bondad tan inmensa!

LISARD. (*Con énfasis.*)

Sólo quiero en recompensa
que me jureis amistad.

ARBOL. (*Con vehemencia.*)
¡Ojalá llegue ocasion
en que de ella reclameis!...

LISARD. ¿A todo me ayudareis?

ARBOL. (*Resuelto.*)
Nuestros brazos vuestros son.

LISARD. Está bien. ¿Y los soldados?

ARBOL. Os adoran, general.
No reconocen igual
en todos estos estados.

LISARD. (*Satisfecho.*)
Está bien. Viveres, oro,
laureles les repartid,
y en mi nombre les decid
que su amor es mi tesoro.

ARBOL. Sois su númen tutelar;

confianza en ellos tened,
vuestro apoyo en ellos ved,
que á todo os han de ayudar.

(*Vase con los seis caballeros.*)

LISARD. (*Después de meditar un momento.*)
Grandes mis dichas son.
Mucho le debo, mucho, á la fortuna.
Ya sólo un escalon
hay para una eminencia cual ninguna.

(*Mira al trono.*)

¿Y no lo he de subir?...
Fuerza, sí, para hollarlo hay en mi planta.
¿Quién me lo ha de impedir?...
Aunque es su altura grande, no me es-
¿Qué me detengo, pues? (panta.
(*Se dirige al trono y se para como asom-
brado.*)

Ante mí, ¡cielos! se alza una barrera...
¡Ay, que más alta es
de lo que mi delirio presumiera!

¿Pero qué?... ¿yo temblar?
¿Yo como un miserable retrocedo?
No, que allí he de llegar,
allí ha de colocarme mi denuedo.

Dadme la muerte hoy,
¡cielos! ó que ese puesto altivo escale.
¿Qué es la altura en que estoy
si otra mayor encima sobresale?

(*Meditando.*)

Heróico vencedor
me pregonan los labios de la fama...
Por su libertador
un pueblo entero atónito me aclama.
¿Y no podrá tal vez
el público entusiasmo y ardimiento
coronar mi altivez,
dándome hoy mismo ese elevado asiento?

(*Despechado.*)

No quiero otro mortal
ver, de rodillas yo, cual ví sentado
en ese alto sitial,
que ha de ser mio, aunque le pese al hado.
(*Corre hácia el trono resuelto y se detiene
viendo venir á la reina.*)

¡Cielos!... ¿Quién viene allí?
La reina, hermosa como sol luciente.
Nunca turbado ví
beldad mas seductora y esplendente.

(*Sale la reina.*)

REINA. (*Cariñosa.*)
¿En esta cámara solo
aun estais, noble Lisardo,
y, cual vuestra frente muestra,
pensativo y agitado?
¿Qué os altera y acongoja,
cuando habeis en lo más alto

la rueda de la fortuna
con firme planta fijado?
¿Qué inquietud turba los goces
que os deben dar esos lauros,
tan esclarecida gloria,
tan merecidos aplausos?
Si aun hay en el ancho mundo,
valiente guerrero, algo
que excite vuestros deseos,
al punto manifestadlo
sin temor á vuestra reina;
pues si pende de su mano,
al punto tendreis, lo juro,
cuanto apetezcáis, Lisardo.

LISARD. (*Perplejo.*)
¡Señora! El interés grande
que me muestra vuestro labio,
mi más fervoroso anhelo
deja cumplido y colmado.
Que merecer de ese modo
solicito sobresalto

á vuestro pecho, es, señora,
una dicha, un bien tan alto,

(*Con vehemencia.*)

que por conseguirlo diera
gloria, laureles, aplausos,
mi sangre, toda mi vida...

REINA. (*Complacida.*)

¿Estais de veras hablando?

LISARD. Con el alma... ¿Mas qué os turba?

REINA. (*Agitada.*)
Temor, oh noble Lisardo...

LISARD. (*Apasionado.*)

¿De qué?
REINA. (*Tímida.*) De que sorprendisteis
de mi pecho los arcanos.

LISARD. ¡Oh reina!

REINA. ¡Ilustre guerrero!

LISARD. (*Turbado.*)
¡Señora!... ¿Llegará á tanto
mi dicha?... ¿Tan venturosa
mi suerte?...

REINA. (*Apasionada.*) ¡Quién contemplaros
puede con esa aureola,
brillante como los astros,
que vuestra frente circunda,
sin que os rinda... ¡cielo santo!
¿por qué la pasión del pecho
no sabe encubrirla el labio?
sin que os rinda... ¡Pero basta!
no puedo más... no, Lisardo.

LISARD. (*Arrebatado.*)
Vuestras palabras, oh reina,
sol, diosa, prodigio, encanto,
me hacen más que hombre, me lanzan
á un cielo, que el de los astros

deja atrás... Desde el momento
que os ví, los ardientes rayos
de vuestros divinos ojos,
con tan poderoso encanto
mi corazón y mi mente
encendieron y alumbraron,
que ya no ví en todo el orbe,
más que á vos; á vos, ansiando
sólo merecer dichoso
vuestra atención y cuidado.
Y la victoria, los triunfos,
los laureles, los aplausos,
ya nada para mí fueron,
que eran nada al compararlos
con la dicha de servirlos,
con la gloria de agradaos.

REINA. ¡Cielos, qué escucho! ¿merezco
que seais vos?...

LISARD. (*Arrojándose á sus plantas.*)
Sí... vuestro esclavo

soy, y en serlo venturoso.

REINA. (*Levantándolo.*)
Alzad, mancebo gallardo,
que no está bien á mis plantas
quien debe estar en mis brazos.
¿Jurais secreto profundo,
impenetrable, de cuanto
mi confianza deposite
en vos?...

LISARD. ¿Y podeis dudarlo?

REINA. (*Recelosa.*)
¿Y con valeroso esfuerzo,
y con decidido brazo
me ayudareis?...

LISARD. Hablad pronto,
que en impaciencia me abraso.

REINA. (*Satisfecha.*)
Sí. Lo esperé desde el punto
que os ví, glorioso Lisardo.
Y tan ciega confianza
con el amor en que ardo
me inspirasteis, que resuelta
he venido aquí á buscaros,
porque de vos necesito.

LISARD. (*Resuelto.*)
Soy vuestro humilde vasallo.

REINA. (*Con énfasis.*)
Sois más... Y sereis, lo juro,
mucho más.

LISARD. (*Enajenado.*) ¡Oh cielo santo!

REINA. (*Agitada y con reserva.*)
Oye. Bajo esta corona,
bajo este soberbio manto,
la mujer más infelice
soy del orbe. Y de tí aguardo
el fin de mis desventuras,

de mis zozobras descanso.
 LISARD. Hablad... ¿Qué tardais, señora?
 REINA. Ese trono es mio, Lisardo.
 Lo heredé de mis abuelos,
 y el rey que viste sentado
 en él, es rey solamente
 porque yo le dí mi mano.
 Y se la dí, ¡desdichada!
 en mis infantiles años
 por políticas razones,
 sin conocerlo ni amarlo.
 Mas paga favor tan grande
 detestándome inhumano,
 y á mis pueblos oprimiendo
 cual si fuesen sus esclavos.
 E incapaz de defenderlos
 con valor y de ampararlos,
 sin tu denodado esfuerzo,
 sin el vigor de tu brazo,
 presa mi reino seria,
 y víctimas mis vasallos
 de esas huestes furibundas
 que huyeron sólo al amago
 de tu poderosa lanza
 y de tu aliento bizarro.
 El pueblo y yo, no te asombre,
 ansiosos necesitamos
 quien nos liberte...
 LISARD. (Animoso.) Comprendo.
 REINA. Con esfuerzo...
 LISARD. Estoy al cabo.
 REINA. Y que ocupar pueda el trono...
 Y de mi pecho y mi mano...
 LISARD. (Con vehemencia.)
 ¡Basta!... basta... al punto sea.
 REINA. ¿Y tendrás valor?... dí.
 LISARD. (Resuelto.) Vamos.
 REINA. El ejército te adora,
 todo el pueblo entusiasmado
 te proclama. Y yo, tu reina,
 en amor por tí me abraso.
 LISARD. Eso basta á darme brio
 aun para escalar el alto
 firmamento... ¡Al punto, al punto!
 ¿Dó el rey está? ¿Qué tardamos?
 REINA. Aguarda, jóven heróico;
 pues cuento ya con tu brazo,
 voy á preparar el golpe,
 á sosegar el palacio,
 á adormecer á las guardias,
 á alejar los cortesanos,
 y tornaré en busca tuya.
 Espérame aquí, Lisardo.
 (Vase apresurada.)
 LISARD. (Fuera de sí.)
 ¡Cielos!... ¿Con que ya del solio

me dais el camino franco?
 En él sabré colocarme.
 Y al ver al mundo postrado,
 como escabel de mi planta
 sabré, vive Dios, hollarlo.
 (Sale Zora.)
 ZORA. (Cariñosa.)
 Esposo del alma mia,
 mi amor, mi felicidad,
 ¡ay Dios, con cuánta ansiedad
 te he seguido todo el día!
 LISARD. (Sorprendido y aparte.)
 ¿Zora aquí?... ¡Oh fatalidad!
 ZORA. (Con gran afán y ternura, arrojándose en
 brazos de Lisardo.)
 Dame tus brazos, Lisardo,
 ven y descansa en mi pecho,
 que gozoso y satisfecho
 te encuentra al fin tan gallardo.
 LISARD. (Aparte abrazándola confuso.)
 ¡Todo mi plan se ha deshecho!
 ZORA. Entre turbas populares,
 que tu nombre proclamaban,
 y guerreros que ensalzaban
 tus hazañas singulares
 y ardientes vivas te daban;
 y al fin en estas mansiones
 de reyes y cortesanos,
 que te dan á llenas manos
 lauros, palmas y blasones,
 y timbres y honores vanos,
 afanosa te seguí;
 sin saber cómo pudieras
 horas ver tan lisonjeras,
 sin que, buscándome á mí,
 conmigo verlas quisieras.
 LISARD. (Turbado.)
 ¡Oh, Zora!
 ZORA. Y como hoy lo allana
 todo tu nombre, alcanzar
 con él pude el penetrar
 hasta aquí, do logro ufana
 todo mi anhelo encontrar.
 Sí, te hallé, querido esposo.
 (Abrazándolo otra vez.)
 Torna al seno palpitante
 de tu Zora, que anhelante,
 sin tí no encuentra reposo.
 (Notando la inquietud y desden de Li-
 sardo.)
 Mas, ¿qué anubla tu semblante?
 ¿Qué miras en derredor?...
 ¿Por qué desdeñas los lazos
 de mis cariñosos brazos?...
 ¿Olvidastes ¡ay! mi amor?...
 Tengo el alma hecha pedazos.

LISARD. (Muy agitado.)
 ¡Zora!... ¡Zora!
 ZORA. ¿Qué, cruel?...
 LISARD. (Perplejo.)
 En esta estancia seria
 abrazarte demasia...
 ¿No miras allí un dosel?...
 ZORA. (Apasionadísima y abrazándolo.)
 Sólo á tí ve el ansia mia.
 LISARD. (Separándola con inquietud.)
 ¡Zora!... No es este el momento...
 La reina...
 ZORA. (Asustada.) ¡Lisardo mio!
 ¡Tú tiembas... de sudor frio
 bañado tu rostro siento!...
 ¿Qué tienes?...
 LISARD. (Despechado.) ¡Destino impío!
 (Esforzándose por disimular su agitacion.)
 Zora, ¿por qué abandonaste
 nuestro palacio, y así
 á la corte, y hasta aquí
 á venir te aventuraste?
 ZORA. (Con vehemencia.)
 Vine buscándote á tí.
 LISARD. Está bien... Mas es forzoso
 que regreses al instante.
 Es en extremo importante
 á mi vida, á mi reposo...
 ZORA. (Abatida.) Lisardo, ¿estás delirante?...
 ¿A tu reposo, á tu vida,
 importante puede ser
 alejar á esta mujer,
 á tí para siempre unida?...
 LISARD. (Turbadísimo.)
 No me puedes entender.
 ¡Zora!...
 ZORA. (Desconsolada.) Sí, te entiendo, sí.
 Has olvidado mi amor,
 y sólo estorbo... ¡oh dolor!
 es ya Zora para tí.
 LISARD. (Conmovido y aparte.)
 ¡Cielos!... ¡ah!... ¡qué hermosa es!
 (Alto yendo á abrazarla.)
 ¡No, que mi pecho te adora!...
 (Conteniéndose.)
 ¡Mas ay!... retírate ahora.
 Ya nos veremos despues.
 (Resuelto.)
 Déjame aquí solo, Zora.
 ZORA. (Desconsolada.)
 Sí, Lisardo, ya me alejo,
 pero tendrás entendido,
 amante desconocido,
 que para siempre te dejo.
 Tengo el corazon partido.
 (Queda á un lado llorando y abatida.)

LISARD. (Aparte, enternecido y contemplándola.)
 ¡Zora!... tan pura... tan bella...
 tan tierna y angelical...
 ¡Cielos, qué angustia mortal!...
 Suena bajo el tablado la
 VOZ DEL GENIO DEL MAL
 Lisardo, elige entre ella
 y la corona real.
 LISARD. (Resuelto y aparte.)
 Sacrificarla es preciso,
 cueste lo que cueste, sí.
 (Alto.)
 Zora, al punto sal de aquí,
 que es grande tu compromiso,
 y en el que me has puesto á mí.
 Si me amas, vete... lo ordeno.
 ZORA. (Confundida.)
 ¡Ay de mí desventurada!
 (Suplicante.) ¡Lisardo!...
 LISARD. No escucho nada.
 ZORA. ¡Qué mortífero veneno
 das á mi alma desgarrada!
 Sé, Lisardo, venturoso,
 y si es precisa mi muerte
 para venturoso verte,
 ingrato y feroz esposo,
 completa será tu suerte.
 LISARD. (Enternecido.) ¡Zora!
 (Desconcertado viendo venir á la reina.)
 ¡Mas la reina aquí
 llega apresurada, sí!
 (La ase del brazo y la arroja de la escena.)
 ¡Cielos! ¿y no me confunde
 la tierra, ó te traga y hunde?...
 ¡Huye, misera!
 ZORA. (Cayendo detrás del bastidor.)
 ¡Ay de mí!
 (Queda Lisardo agitado y descompuesto,
 procurando esconder el sitio por donde
 arrojó á Zora, y sale la reina. El tea-
 tro se oscurece.)
 REINA. ¡Lisardo!
 LISARD. ¿Señora?
 REINA. Todo
 nos es favorable.
 LISARD. Vamos.
 REINA. ¿Mas qué turbacion te agita?
 LISARD. (Esforzándose.)
 El ansia de libertaros
 de un opresor.
 REINA. (Observándolo.) ¿Pero tiembas?
 LISARD. ¿Yo?... no.
 REINA. (Asiéndole del brazo.)
 Sí, tiembas. ¿Acaso

el valor te falta?
 LISARD. *(Repuesto.)* ¡Nunca!
 Pronto estoy á demostrarlo.
 Mi inquietud es solamente
 ansia de llevar á cabo
 tu venganza y la del pueblo.
 REINA. Pues ni un momento perdamos.
 El rey dormido...
 LISARD. ¡Dormido!
 REINA. Dormido. Y es necesario
 que en la eternidad despierte.
 LISARD. *(Retrocediendo.)*
 Ahora tiemblo y me acobardo.
 ¿Ha de dar muerte á un dormido,
 con traidor golpe, mi brazo?
 Cuerpo á cuerpo mejor fuera.
 REINA. ¿Qué pronuncias?... ¡Insensato!
 Nunca empresa tal se fia

al capricho del acaso;
 que en asegurar el golpe
 está la gloria y el lauro.
 Ese trono, esta corona,
 mi tierno amor y mi mano,
 merecen...
 LISARD. ¡Basta, volemós!
*Se hunde el trono por el escotillon por
 donde salió, y se descubre en el espacio
 que ocupaba una ancha puerta; y dentro
 al rey dormido en un magnífico lecho de
 púrpura, á la luz de una lámpara. Todo
 el teatro estará oscuro, ménos la alcoba.*
 REINA. *(Dándole un puñal y señalándole al rey.)*
 ¡Allí está todo, Lisardo!
*(Lisardo titubea horrorizado. La reina lo
 empuja, y él se arroja decidido, enarbolando el puñal, y cae el telon.)*

ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

Salon del trono. Aparecen LISARDO con manto real y corona, y LA REINA. La gruta de Marcolán se verá siempre inmutable.

LISARDO. *(Satisfecho.)* ¡Ya soy rey!
 REINA. Sí; ya tus sienes
 ciñe la real diadema,
 y la púrpura suprema
 como propio ornato tienes.
 LISARDO. *(Ufano.)* Sí, que desde ese dosel,
 hace un momento, he mirado
 á todo un pueblo postrado
 jurarme homenaje en él.
 REINA. Y homenaje el más sincero,
 pues te aclamó soberano
 en cuanto te dí mi mano;
 como al más fuerte guerrero,
 de defenderlo capaz
 y de asegurar sus glorias,
 con hazañas y victorias,
 de todo invasor audaz.
 ¿Has visto cuán fácilmente
 á los hombres se fascina,
 y á una nacion se alucina
 desde una altura eminente?
 Del rey muerto, como ves,
 ni un vago recuerdo hay ya;
 tranquilo el imperio está,
 y prosternado á tus piés.
 Nadie, nadie sospechó
 que el golpe que allí te ha puesto,
 fué de tu mano, ó muy presto,
 si hubo sospecha, pasó.
 LISARDO. *(Confuso.)* ¿De mi mano?... Sí, lo fué.
 REINA. Deja esos recuerdos vanos.
 Rendidos los cortesanos
 vendrán á besarla.
 LISARDO. *(Asustado.)* ¿Qué?...
 ¿Mi mano?...
 REINA. Tu mano, sí.
 LISARDO. *(Mirándose horrorizado la mano.)*
 ¡Está de sangre manchada!
 ¿Lo ves?...
 REINA. *(Turbada, y reconociendo la mano de Lisardo.)*
 No, no tiene nada.

LISARDO. Una mancha tiene aquí.
 REINA. ¿Deliras?...
 LISARDO. *(Como enajenado.)* No, no deliro.
 Que me juren, está bien.
 Que la corona mi sien
 ciña... y aun á más aspiro.
 Pero esconderé la mano,
 porque de sangre una gota
 la mancha... Si álguien la nota...
 REINA. *(Animándolo.)*
 Todo tu recelo es vano.
 El misterio más profundo,
 del rey muerto el fin esconde;
 ni cómo acabó, ni en dónde,
 lo sabrá jamás el mundo.
 LISARDO. *(Receloso.)*
 Pero tú y yo lo sabemos.
 Y lo sabremos callar.
 REINA. *(Repentinamente repuesto.)*
 LISARDO. Pues bien, vamos á reinar,
 y entrambos á dos calleemos.
*(Queda un momento contemplando el
 trono y de repente sube á él.)*
 REINA. *(Aparte.)*
 ¡Si su delirio abandono,
 perdida me considero!
*(Le sigue con la vista observándolo de
 lejos con inquietud.)*
 LISARDO. Saborear á solas quiero
 todo el placer que da el trono.
(Se sienta.)
(Hablando consigo mismo.)
 Sólo se sienta aquí un rey.
 Aquí soy omnipotente,
 aquí el mundo reverente
 ve en mi capricho una ley.
 ¿Quién mi igual se llamará?
 Nadie, nadie... Pues asombre
 al orbe entero este hombre,
 que en tanta eminencia está.
(Pónese en pié.)
 Raíces hondas juzgo aquí
 haber echado mis piés,
 pues ya el bajar de aquí es
 duro esfuerzo para mí.